

**“Busca la paz y corre tras ella”
Vida fraterna y reconciliación**

1. Levadura de paz en el mundo

Es una alegría pascual poder reunirnos a través de los medios que la tecnología de hoy nos ofrece para estos días de formación y profundización juntos de un tema que es y será siempre fundamental para nosotros, para nuestra vocación, y para toda la humanidad que, cuando pierde la paz, se pierde a sí misma, deja de ser humana.

Trabajar la vida fraterna y la reconciliación no es sólo importante para la vida de nuestras comunidades, sino una misión que el Señor confía a la Iglesia, a cada comunidad cristiana, a cada discípulo, “para que el mundo se salve por él” (Jn 3,17).

Estos cinco Capítulos, quisiera que fueran una ayuda para profundizar en este tema y experiencia, en esta vocación y misión, y por eso se traducen a las lenguas de la Orden y sustituyen a la Carta de Pentecostés que normalmente os envío. Un Pentecostés siempre renovado es posible si ofrecemos al Espíritu nuestra disponibilidad para hacernos instrumentos de la paz de Cristo, como nos pide la oración esencial atribuida a San Francisco que podemos rezar al comienzo de este curso:

“Oh Señor, haz de mí un instrumento de tu paz:
Donde haya odio, que yo lleve el amor,
Donde haya ofensa, déjame llevar el perdón,
Donde haya discordia, déjame llevar la unión,
Donde haya duda, déjame llevar la fe,
donde haya error, déjame llevar la verdad,
Donde haya desesperación, déjame llevar la esperanza.”

El título de este Curso cita un versículo del Salmo 33 mencionado en un pasaje del Prólogo de la Regla:

“Y, buscándose el Señor un obrero entre la multitud a la que lanza su grito de llamamiento, vuelve a decir: «¿Hay alguien que quiera vivir y desee pasar días prósperos?» (Sal 33,13). Si tú, al oírle, le respondes: «Yo», otra vez te dice Dios: Si quieres gozar de una vida verdadera y perpetua, «guarda tu lengua del mal; tus labios, de la falsedad; obra el bien, busca la paz y corre tras ella» (Sal 33,14-15). Y, cuando cumpláis todo esto, tendré mis ojos fijos sobre vosotros, mis oídos atenderán a vuestras súplicas y antes de que me interrogéis os diré yo: «Aquí estoy». Hermanos amadísimos, ¿puede haber algo más dulce para nosotros que esta voz del Señor, que nos invita? Mirad cómo el Señor, en su bondad, nos indica el camino de la vida” (RB Prol 14-20).

San Benito entreteje los versículos del Salmo 33 en un diálogo entre Dios que busca al hombre y el hombre que responde. Dios vuelve siempre a buscar a Adán que se ha escondido, no ya entre los arbustos del paraíso terrenal, sino entre la multitud, entre la muchedumbre. Dios no se contenta con una relación anónima e impersonal con nosotros, una relación de masa, sino que busca entrelazar un cara a cara con cada ser humano, con cada corazón. ¡Qué importante es tomar conciencia de esto en nuestra época, en la que la humanidad se reduce no sólo a ser una multitud anónima e informe, sino a ser una multitud ...informática, unida sólo virtualmente y dominada por líderes

que no buscan más que un consenso numérico y anónimo, sin encuentro, sin relación personal! Qué hermoso es, en cambio, ver que Dios, al enviar a su Hijo al mundo, vino y sigue viniendo a buscarnos personalmente, a ofrecernos un encuentro y una relación personales. Jesucristo vino a buscar y salvar a cada oveja perdida. Y cuando la encuentra, la devuelve al redil, es decir, la lleva consigo a las demás ovejas, para formar en torno a Él una comunidad fraterna. El ámbito para el que Dios nos ha creado no es la multitud anónima, sino la comunidad fraterna.

Es importante notar enseguida que es precisamente el hecho de que el Señor busque una relación personal con cada corazón lo que crea comunidad, lo que crea verdadera comunión entre nosotros y también con toda la humanidad. Es como si, cuando una sola persona en medio de la multitud dice “¡Yo!”, respondiendo a la llamada de Dios, incluso la multitud se vuelve menos anónima, comienza a convertirse en comunidad, a convertirse en pueblo de Dios. Es importante pensar en esto en estos tiempos en los que la Iglesia se está convirtiendo cada vez más en un pequeño resto, pero un resto que el Espíritu Santo hace fermentar en la masa. Un fermento de comunión fraterna, de reconciliación y, por tanto, de verdadera paz.

Recientemente tuve la gracia de visitar Mongolia, invitado por el cardenal Giorgio Marengo, para conocer la experiencia de la Iglesia en ese gran país. La Iglesia católica está allí desde hace poco más de treinta años, y cuenta con unos mil quinientos miembros. Allí trabajan unos sesenta misioneros y misioneras, procedentes de todos los continentes y de diversas Órdenes y Congregaciones. Lo que más me impresionó es que allí la pequeñez de las comunidades y de las fuerzas no se vive como el fin de la Iglesia, sino como un brote, en la conciencia de que el Reino de Dios es un pequeño grano de mostaza al que Dios puede dar mucha fecundidad (cf. Mt 13,31-32). Sobre todo, el Reino de Dios es a la levadura que recibe del Espíritu la capacidad de fermentar toda la masa (cf. Mt 13,33). Lo importante no es tanto ser capaz de grandes cosas, sino cultivar la simple presencia de la levadura en la masa. Cada contacto, cada relación personal es preciosa y hay que cuidarla, porque así es como la levadura entra en la gran masa y hace crecer lentamente en ella el Reino de Dios.

Es importante que, estemos donde estemos y sea cual sea el estado de la Iglesia y de la Orden, sea cual sea el estado de nuestra comunidad, no olvidemos que a esto estamos llamados todos. No debemos perder el tiempo sintiéndonos orgullosos si somos grandes y fuertes, o sintiéndonos tristes si somos pequeños y débiles: pequeños o grandes, fuertes o débiles, Dios sólo quiere que seamos levadura del Reino en la masa del mundo.

Esto queda bien expresado en un pasaje de la *Lumen gentium*, que nos devuelve al tema de la unidad y la paz que estamos llamados a fomentar:

“Este pueblo mesiánico, por consiguiente, aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5,13-16).

(...) Dios formó una congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz, y la constituyó Iglesia a fin de que fuera para todos y cada uno el sacramento visible de esta unidad salutífera”. (LG §9)